100 horas con Raúl Martínez

almel cañavera

La mejor novela cubana publicada en el año 2007 por una editorial de La Siempre fiel Isla de Cuba es un libro de memorias escrito por un pintor. *Yo Publio, Confesiones de Raúl Martínez*, de Artecubano Ediciones-Editorial Letras Cubanas. Un intenso y hermoso aerolito que al caer sobre el territorio nacional se fragmentó, exactamente, en 2000 ejemplares. Impactó cargado de relatos inéditos para muchos e imágenes que abarcan, a saltos, buena parte de la vida de Publio Amable Raúl Martínez González (1927-1995) –comenzando desde la niñez; también el lector encontrará fotocopias de manuscritos y alguna de sus obras.

"De entre todos los libros, los de memorias son los más engañosos del mundo, pues en ellos el disimulo llega a alturas a veces insospechadas y sus autores generalmente buscan la justificación". Estas son palabras de Roberto Bolaño. En vida debió haber sido un tipo insufrible para muchos. Basta repasar sus charlas, discursos, sus cuentos y novelas para tener una idea de la magnitud ácida de su pH. ¿Una letal combinación la de sus lecturas y la enfermedad hepática que le jugó una mala pasada? Pero no deja de tener razón. ¿Cómo devenir individuo imparcial mientras, como testigo, editas tu vida al tiempo que la sitúas en un contesto histórico determinado? Es el verdadero arte de la maroma escribir un libro de memorias. Caminar la cuerda floja sobre un foso de leones hambrientos. Siempre hay un ojo que te ve –reza un dicho popular–. Y ese ojo, como león que alguna vez se cruzó en tu camino, te espera. Espera tus confesiones, espera esa entrega tal como aguardara un cargamento de carne, en este caso una entrega de carne de primera deshuesada.

"Creo que tendré que ponerme a escribir mis *memorias*" –esta frase manuscrita, impresa a lo largo y ancho de dos páginas ubicadas al principio del libro, fue escrita en Moscú, específicamente en 1988–. "Tendré que ponerme a escribir mis *memorias*. Son las 5:00 a.m. Desperté hace media hora. No he podido dormirme. Preparo un trago. Fumo. Tenía un sueño que podría convertirse en una novela. Un sueño de enredos amorosos-sexuales en la edad media, salido de la picaresca española, lleno de ingenuidad y malicia." Esta otra frase también es de Raúl. Del chino Raúl. De Raúl Martínez. Está impresa en una de las últimas páginas –debo aclarar que las cursivas son obra mía–. Un aviso al inicio, otro en las postrimerías del libro: estamos frente a un libro de memorias. Y para que el lector se libre de cualquier duda de qué exactamente leyó, antes de poner *Yo Publio* en el librero, Abelardo Estorino cierra con una confesión: "Después de varias lecturas de las *memorias* de Raúl Martínez (...) se comprende la intención de expresar en palabras su esfuerzo por penetrar los espacios más ocultos de la *memoria* y de contar la historia de un hombre en lucha por alcanzar la perfección" (Mías también son estas cursivas).

Varias marcas de ubicación para un texto que asombra e inquieta porque se desmarca. ¿Pero es exactamente un libro de memorias? En este aerolito que reventó en Ciudad de La Habana en 2007, Raúl no solo comete el pecado de nombrar figuras clave de la cultura cubana y desnudarlas, de ponerlas en un contexto público o privado, de mostrarlas sin la protección eficaz de las buenas maneras y la diplomacia que se activan fuera de las bambalinas. En la medida en que se suceden las páginas ante el lector aparecerán Abelardo Estorino, Wifredo Lam, Portocarrero, Servando Cabrera, Martínez Pedro, Mariano, Virgilio Piñera entre otros. El chino Raúl consignará juicios sobre la vida y la obra de estos *personajes*, por supuesto, siempre desde su perspectiva, quitándole de esa forma el velo o el aura a través de los cuales los hemos observado (yo, que hace poco menos de año y medio revisité parte de la obra de Lam, que me fui hasta el Museo de Bellas Artes para ver y tocar sus cuadros –confieso que lo hice literalmente, una amiga vigilaba a la celadora mientras cometía mi leve fechoría–, enarqué las cejas ante la anécdota en la que Lam, luego de una pequeña escaramuza para evadir una aparición pública, al ver que varios fotógrafos de la prensa nacional corrían para cubrir la actividad, dio media vuelta y empezó a repartir estrechones de manos mientras era cizallado por las cámaras fotográficas). Otro de los pecados cometidos en *Yo Publio* es el de sucumbir a la necesidad de narrar episodios –olvidados o enterrados– de nuestra historia, sin excluir de ellos la desazón, el miedo, el horror, la incertidumbre, alguno de ellos puestos en el tapete gracias a crisis internas, o a aquellos raros eventos donde uno de los testigos de esos tristes y violentos episodios le contó a alguien que le contó a alguien que le contó... o retazos que hemos encontrado en textos aislados, canciones, películas o libros que nos llegan desde fuera de las fronteras de La Siempre fiel Isla de Cuba.

Pero la lista de pecados cometidos por el autor mientras le daba forma y sentido al libro no acaba ahí. Para colmo, Publio Amable inserta diferentes voces en sus confesiones. Voces que aparecen y toman *la novela* como se toma una cabeza de playa. No solo se pueden leer los supuestos parlamentos de quienes interactuaron con Raúl, el relato también avanza cuando lo narra uno de los hermanos de Raúl Martínez y su padre –según Abelardo Estorino en otras confesiones aparecidas en una entrevista concedida para la revista *La Gaceta de Cuba* (mayo-junio 08), Raúl creó el personaje de El Loco (el hermano menor) para hablar de sus amigos y no sentirse culpable–. Y como si esto no bastara entran en el escenario del relato páginas aisladas de un diario. ¿Qué es exactamente *Yo Publio*? ¿Memoria novelada? ¿Novela armada a partir de las memorias del autor? ¿O novela a secas? Lo cierto es que *Yo Publio* es lo que nadie esperaba o lo que muy pocos esperaban. Es un intenso y bello aerolito. O un oasis de amor/horror en un desierto de tedio. O 2000 fragmentos esparcidos que nos recuerdan ciertas claves olvidadas u olvidadas ex-profeso en el viejo oficio de contar una historia. O una valla compuesta por colores duros y planos, con luces de neón al más puro estilo *kitsch*, donde se le avisa al escritor cubano, específicamente a los narradores, que pongan las barbas en remojo. Confieso que me inquietaron estos movimientos luego de fatigar durante cien horas las páginas escritas por Raúl Martínez. No tengo barbas, solo un pequeño *chivo* que a ratos humedezco para estar en sintonía con esta resuelta e inédita máquina de narrar por suerte imperfecta.

Inicio de un paréntesis: Varias personas que conozco, algunas de ellas son escritores, me comentaron medio escandalizados lo que decía Raúl en sus confesiones, también incluyeron lo que habían escuchado de otros: relato sucio, un corro de penes succionados o masturbados por otros hombres, penetración y amor y odio y desengaño entre hombres, obcecación con la belleza masculina, traumas sexuales, reconocidos intelectuales muy maricones, efebos a conquistar y conquistados... Pero ninguno de ellos se detuvo en episodios como este: "Yo tenía miedo a ser

100 horas con raúl

confundido. Recuerdo con qué temor tomaba café en la parada de la guagua, mirando a un lado u otro para huir si algo pasaba. Cuando me veía obligado a pararme allí mismo [hace referencia a la heladería Coppelia], al salir de Radiocentro [cine Yara para los más jóvenes] o del Habana Libre, rezaba porque llegara la guagua lo más rápido posible." ¿Miedo a ser confundido? ¿Miedo a qué? Temor por una confusión ante una conducta impropia. Miedo a las represalias y ataques que sufrían los homosexuales. Miedo a ser enviado a las UMAP. Miedo a las redadas de la policía especialmente en los alrededores de La Catedral del Helado de la Siempre fiel Isla de Cuba. Ninguna de aquellas personas que me habló del libro hizo referencia al resto de las confesiones que entroncan con el tema *censura* y *silencio obligado*. ¿Yo?: asombrado. Los veía tal como si ellos, luego de pararse frente a la obra de Raúl *Isla 70*, al relatarme su experiencia pasaran por alto el rostro que, en la esquina inferior izquierda, grita desesperadamente mientras una mano parece abofetearlo, callarlo, u olvidaran el tono de piel (varias gamas del verde) tan parecido en los habitantes y héroes que coexisten en esa Isla de los 70 –¿cierta uniformidad en la diversidad?–, o los penes amarillos y enhiestos, o el mono cuyo pelaje es del mismo color que el de la piel de algunos hombres de carne y hueso o el de un par de héroes –ese mismo tono de verde rellena la mitad del rostro del Ché–. En esa Isla de los 70 aparece, literalmente, hasta el gato (hay un intrigante gato rojo). Bueno, el que tenga ojos, vea. Y el que tenga ojos, lea. A fin de cuentas muchos creen en la pura verdad de las palabras escritas. Final del paréntesis.

Para mí, este libro no es aquella esfera tornasolada de casi intolerable fulgor. Si acaso, es un Aleph imperfecto. Las imágenes que en él se suceden están movidas por los resortes de una historia novelada, una imperfecta máquina narrativa que desde de los engranajes de la ficción muerde, arranca, deglute y defeca partes de personas y episodios de la realidad. Que para ser todavía más verosímil se le incluyen páginas de un cuaderno personal, imágenes y manuscritos. Que para seguir apostando por la verosimilitud el relato termina de manera abrupta, pero sin que quede la sensación de que la historia está inconclusa –como lectores intuimos que hay más, incluso sonreímos al ver que queremos seguir asomados a esa ventana abierta, pero nos damos con un canto en el pecho porque como lectores también intuimos que lo verdaderamente importante para construir el relato ha sido narrado–. Y que el puntillazo sería la confesión de Abelardo Estorino: "Me pareció que la frase de Shakespeare debía cerrar el libro (*The rest is silence*), y me atreví a colaborar. Para entonces ya la lucha había terminado."

Ojo: una lucha que había terminado. Había una lucha. ¿Cuál? ¿Con quiénes se había luchado? Aquí, Estorino no se refiere a la pelea personal que libró Raúl Martínez tanto en su vida pública y privada como en la obra. Digamos que para tener una aproximación, una idea más exacta del significado de la palabra *lucha* en el contexto referido, habría que conectarla con la respuesta de Abelardo Estorino en la entrevista publicada en *La Gaceta de Cuba* cuando le preguntaron cuál era su mayor ambición con el texto *Yo Publio*. Respondió: "Publicarlo, por eso sentí que debía conseguirlo. Abel [Abel Prieto, Ministro de Cultura] fue muy comprensivo y aceptó".

Esto, señores, sí apunta a otras cien horas de confesiones con Raúl. Este resto sí es silencio.

AhmelEchevarría
LaHabana·74

AhmelEchevarría
LaHabana·74